

**TIEMPO ORDINARIO**

6º domingo

11 de febrero de 2018

**Invocamos al ESPÍRITU SANTO DIOS:****ORACION COLECTA:*****“Dios nuestro, que te complaces en habitar en los corazones rectos y sencillos, concédenos la gracia de vivir de tal manera que encontres en nosotros una morada digna de tu agrado” Por J.C.N.S.*****MIREMOS JUNTOS NUESTRA REALIDAD**

Estamos desandando ya el año, la Palabra de Dios nos ha ido iluminando el camino para discernir y hacer opciones claras en orden a madurar la fe.....¿cuáles son las opciones y decisiones que hemos ido asumiendo seriamente para este año?

**Lev 13,1-2.45-46***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS**

La noción que los antiguos hebreos tenían de la “lepra” abarca diversas afecciones cutáneas o superficiales a las que se equiparan también los enmohecimientos que pueden aparecer en los vestidos, o en las paredes. El diagnóstico y las precauciones colectivas contra el contagio están codificados y se confían a la decisión del sacerdote.

Estas medidas prácticas, en las que se ve la herencia de concepciones y usos primitivos, adquieren valor religioso en el Yahvismo, como un discernimiento de lo “impuro”. La reintegración a la comunidad da lugar a ritos equiparados al sacrificio por el pecado, designando aquí el “pecado” una oposición al poder vivificante del Dios de Israel.

Hoy es un día de esos en que la 1ª lectura necesita una monición, porque no se entiende que nos lean una página tan dura de la legislación del A.T. referente a los leprosos si no se anuncia antes que en el evangelio vamos a ver la diferencia de actuación entre lo que prescribía la Ley y lo que hizo Jesús con el pobre leproso que se le acercó.

Esto nos sirve para darnos cuenta de lo que sucede los domingos del Tiempo Ordinario: hay una cierta unidad temática entre la primera lectura y el evangelio. Lo cual nos sirve también para ver qué aspecto del evangelio se ha querido resaltar cada vez.

En la línea con la función sacerdotal de separar lo sagrado de lo profano, lo puro de lo impuro, se presenta aquí una complicada casuística sobre las posibilidades de impureza por alguna afección física relacionada con la piel. No se ha establecido aun qué tipo de afecciones cutáneas son las que se mencionan aquí; el hebreo utiliza un término genérico que algunos traducen por lepra, pero podría tratarse de alguna otra afección, como una dermatitis, una soriasis o un eczema, que obviamente están y lejos de tener un tratamiento semejante al de la lepra. El término hebreo es sara'at que genéricamente se aplica por igual a varias enfermedades de la piel y a ciertas manchas que suelen formarse en la ropa y en las paredes.

En todo caso, el afectado debía seguir puntualmente las indicaciones del sacerdote, el cual debía ser un experto en esas cuestiones. Lo más terrible que podía pasarle al enfermo era ser declarado efectivamente leproso, pues ello implicaba el aislamiento total de la comunidad con las características que prescribe el versículo 46.

El sacerdote ejercía la función no como médico, sino como juez intérprete de la Ley.

Puesto que gran parte de este material sobre la pureza legal y los medios para recuperarla no aparece en la literatura preexílica, de Vaux considera que fueron los redactores del código P (sacerdotal), con su alta preocupación por la pureza, quienes lo incorporaron a partir de varias fuentes procedentes de antiquísimas creencias y supersticiones.

Este es uno de los textos de este libro leídos en domingo (el otro el 7º domingo A). La “ley de pureza” (lev 11-16) indica las reglas para poder participar en el culto del Señor y vivir así en el seno del pueblo de Dios. La lepra (Lev 13-14), que desfigura a las personas (pero también los vestidos y las casas), es minuciosamente descrita. A causa del contagio, aunque sobre todo porque es considerado como un castigo divino, separa a los enfermos a la vez de Dios y de los hombres (Sal 102/101). No se lee más que la declaración de la enfermedad (vv 1-2) y la definición del estatuto del enfermo; excluido del pueblo, debe vivir “fuera del campamento” (vv 45-46)

Jesús respeta las reglas; invita al leproso a someterse a los ritos de purificación, para que su curación sea constatada por los sacerdotes y así pueda ser reintegrado al pueblo. “Esto será para ellos un testimonio”, no sólo de la curación, sino sobre todo

de la acción de Jesús Mesías. ¿Será éste un primer elemento para el proceso de Jesús? Marcos pudo pensar en ello. En la pasión, Jesús será llevado “fuera” para ser crucificado (Mc 15,21)

**Salmo 31:** Me alegras con tu salvación Señor

**1 Cor 10,31-11,1:** S. Pablo dice con claridad sigan mi ejemplo, así como yo sigo el ejemplo de Cristo; también a nosotros nos toca actuar como Cristo actúa.

### **Mc 1,40-45**

Jesús no quería que su fama se extendiera, para no fomentar en el pueblo la idea de un Mesías lleno de gloria y de poder. Los requisitos que debía cumplir el leproso curado están descritos en Lev 14,1-32. Aunque la palabra lepra podía denotar en la antigüedad muy variadas afecciones de la piel, aquí se refiere a una enfermedad incurable que está sujeta a las normas levíticas.

Los leprosos eran compadecidos, pero temidos por el peligro de contagio. Una vez que se declaraba la enfermedad el leproso debía alejarse del pueblo y vivir apartado. Se les colocaba una campanita de modo que todos advirtieran su cercanía. Normalmente, los leprosos se juntaban para subsistir. El leproso pide ser purificado, pues la lepra era considerada impureza ritual; purificar se repite cuatro veces en el texto.

Pero este leproso hace caso omiso de las barreras establecidas por el código levítico al aproximarse a Jesús y arrodillarse ante él (¿mostrando sumisión y a la vez cortando el paso?), confiado en que Jesús puede ayudarlo. El leproso se dirige a la voluntad de Jesús, “si quieres”, seguro de su poder.

Y, lo que es más asombroso, Jesús decide traspasar a su vez la frontera entre lo puro y lo impuro al alargar la mano y tocar al hombre. Jesús dice, “quiero”, y el milagro se desarrolla de modo simple e inmediato.

El gesto de Jesús surge de su compasión, término que alude a las entrañas en cuanto sede de la misericordia, el amor y la compasión; El es quien tiene misericordia pues refleja la misericordia del Padre en el Evangelio de Marcos.

La limpieza devuelve a éste a la comunidad humana, de modo que la comunidad es sanada también. Los sacerdotes garantizaban legalmente la purificación, de modo que el enfermo ya restablecido podía reintegrarse a la sociedad, de la que había quedado separado por la enfermedad.

La certificación por el sacerdote de la purificación acontecida sirve aquí para la resocialización. Desoyendo la orden de Jesús de guardar silencio, el hombre se convierte en misionero al poner su propia historia al servicio de la palabra. Sólo los discípulos podrán presentar el verdadero mensaje.

Jesús supera todo prejuicio, se compadece del leproso, y hasta se atreve a tocarlo. Así el leproso no solamente se cura, sino que vuelve a experimentar la dignidad que Dios le da, una dignidad que Jesús le devuelve con su mano, diciéndole con ese toque que él sigue siendo digno de un contacto humano, de un amor generoso.

Sería precioso que nuestra oración cotidiana fuera como el pedido confiado del leproso, signo de una confianza sincera, de una convicción firme y humilde que nos haga capaces de estar en su presencia sabiendo que con él todo puede ser resuelto.

¿No podríamos pensar que Jesús nos está invitando a reflejar su amor, también a nosotros, a través de alguna actitud semejante, acercándonos a alguna persona o situación que nos repugna, que nos produce rechazo, a alguien que sea despreciado o ignorado por los demás?

A veces se anuncia este Evangelio al pueblo de Dios declarándole que Dios quiere superar toda marginación y exclusión en su Reino, Reino que ya comienza a hacerse realidad en la Iglesia y en tantas dimensiones institucionales que procuran encarnar sus valores.

También se puede anunciar haciendo hincapié en el encuentro entre el leproso y Jesús. Como él, con plena confianza, se acercó al Maestro, también los cristianos pueden hacerlo aun sintiéndose impuros a causa de sus pecados y culpas.

Un tercer eje: Dios no quiere exclusión, pero Jesús, el gran liberador y anunciador de un Reino sin marginados, está dispuesto a pagar los costos que la lucha por la liberación comporta. Es que ninguna salvación/liberación sucede de modo “gratis”, sin costos, para quienes se embarcan en ella. Ninguna.

Ni Jesús escapó a esta ley. “Jesús ya no podía entrar públicamente en ninguna ciudad, sino que se quedaba fuera en lugares desiertos...” (v. 45). La situación final en la que se halla el Señor es la de excluido.

En la vida: ¡cuántos cristianos embarcados en la evangelización sucumben a la prueba del costo por no haber estado suficientemente advertidos de que deberían pagarlo. No los desilusiona el bien sino la resistencia que encuentran y que se abate sobre ellos, sus actores, de diversos modos: desde la incomprensible ingratitud hasta la más enconada persecución. Jesús aparece advertido de que el cumplimiento de su misión trae aparejados costos que necesariamente deberá pagar y de hecho paga.

El leproso era la representación más neta de la marginación: tanto el social como el religioso. Levítico 13 (primera lectura) presenta algunas características: debía ir con las ropas rasgadas, el pelo suelto y gritando "impuro, impuro" para que nadie tuviera contacto con él.

Al mal de la enfermedad se le añadía el de la soledad. La sociedad judía, temerosa del contagio, excluía a los leprosos de su hábitat y se defendía de ellos con tal grado de obsesión y crueldad. Estas normas además tenían el agravante del fundamento divino, ellos pensaban que esa era la voluntad de Dios. El veía la lepra como una maldición, como un castigo divino, que privaba al enfermo de la amistad divina, manifestada en la participación de la liturgia del templo y las sinagogas. Además, nadie podía tocarlos (cf. Lev 5,3; Nm 5,2), y había un complejo ritual de purificación para los que se hubieran sanado (Lev. 14) Este es el mundo de la marginación social y religiosa con que se encuentra el Señor y lo transforma.

El leproso se acerca a Jesús, su predicación del Reino de Dios debió de llegar a los oídos del enfermo inspirándole una secreta e irresistible esperanza de purificación, de restablecimiento. Percibió de alguna manera desconocida una cercanía real del Nazareno.

Sin embargo, este acercamiento transgresor del leproso no llega hasta violentar las leyes fundamentales como las del contacto físico. De hecho guarda cierta distancia (será luego Jesús quien extenderá la mano para tocarlo) y cae de rodillas (humildad, angustia y prevención de que Jesús lo castigue por la transgresión)

La forma de expresarse muestra que no pide nada para sí, ni siquiera expone su causa, simplemente hace una profesión de fe en el poder del Maestro. Solo menciona el querer de Jesús. No sabe cuál es la actitud o el programa que guía la actividad de Jesús.

La respuesta de Jesús será un sentimiento y una acción. El sentimiento es la compasión (splanjnistheis), que se usa en el Nuevo Testamento para referirse sólo a Jesús y al Padre cuando experimentan compasión ante el mal que aqueja al hombre. Su trasfondo del Antiguo Testamento es "rhm", vocablo que significa ternura, amor tierno...De allí la acción que se seguirá: la purificación.

Extenderá su brazo, como en Exodo había hecho Yavé para liberar a los israelitas de Egipto. Luego transgrediendo una norma explícita de la legislación concerniente a la pureza, lo toca. Por último responde al leproso diciendo "quiero"; él experimentará ser aceptado en su situación y, por tanto, que no está marginado de Dios. La sanación casi "vendrá por añadidura"

Pero, después del poder aparece la impotencia, de no poder entrar ya libremente en cualquier lugar del poblado, a raíz de la propaganda del leproso curado, que desobedeció a Jesús (no se dice sin embargo si cumplió la segunda parte del mandato de presentarse en el Templo)

Esto generaba expectativas en el pueblo, por ejemplo que Jesús fuera un gran curandero. Ante ellas como ante las expectativas de los habitantes de Cafarnaúm, se muestra libre y quiere conservarse libre. No está dispuesto a aceptar presiones que desnaturalicen su misión de Mesías e Hijo de Dios. La coherencia lo lleva a no entrar a esas ciudades que lo esperan con sus "propias" expectativas.

Además con ese gesto había declarado que Dios no quería su marginación sino era obra de los hombres que tenían el corazón duro. La institución que legitimaba aquella exclusión, supuestamente amparada en la autoridad divina, queda desautorizada como intérprete verdadera del designio divino.

En el horizonte de Jesús se ciernen persecuciones, que son la lógica respuesta de los más aferrados al sistema religioso. Todo el Evangelio será el gran drama que lo conducirá a la muerte en manos de los más fieles.

Antes estaba adentro con los incluidos, ahora debe quedarse afuera (lugares desiertos), con los excluidos. El costo de la liberación.

Jesús fiel al Padre despierta admiración y consuelo, esa fidelidad no es mera repetición, es creativo y despierto. Es aceptación de restricciones que moviliza para nuevas búsquedas y ensayos de caminos nuevos.

Pero también, para quienes buscamos desde la fuerza oculta y transformadora de la fe y la caridad, en el interior de las instituciones a las que pertenecemos (incluso las religiosas), una vida más plena y más gozosa – y sufrimos por ellos y desde ellas-, el gesto y la palabra del Maestro nos consuela y nos alienta a seguir adelante, a no bajar los brazos, a pagar también el costo que toda transformación positiva de la sociedad y de la vida exigen.

La coherencia de Jesús nos insta a combatir el buen combate sabiendo que nuestras lágrimas de hoy riegan el secreto brote de libertad y santidad que la gracia de Dios ha sembrado en nuestro corazón. Dios nos mira con amor y nos acompaña en nuestras luchas.

En la Eucaristía celebramos la coherencia creativa de un Dios que llega a hacerse impotente por fidelidad a sí mismo y recibimos el consuelo que nos impulsa a ir más adelante, para que se llegue a completar en nosotros la obra que El ha empezado (cf. Sal 138,8)